

perdía atrevidamente por las profundidades de la casa.

La entrada no complacía gran cosa, sobre todo para un asiduo visitante de la alta banca y de la nobleza de treinta y seis cuarteles.

Sin embargo, el marqués se armó de valor, y atravesando la calle se internó con decisión en aquel pasillo, propicio á las sorpresas y á las emboscadas.

El portero tenía su cuchitril en un descansillo, á la mitad de la escalera del primer piso, y por un ventanillo podía, en caso de necesidad, interpelar severamente á los intrusos de aspecto dudoso, que se aventurasen en aquellas catacumbas.

—¡Dios mío!—decía Caussedé, tratando de orientarse;—yo no suponía que existieran semejantes madrigueras en este barrio.

Y como llegase á la sucia y mugrienta escalera, dando señales de vacilación, sintió una voz agria que desde arriba le preguntaba:

—¿A quién busca usted?

—A la señorita Benedetta...

—¿Qué?

—La señorita Soubére.

Y miró al agujero por donde salía la voz.

Un rostro de mujer vieja y apergaminada aparecía detrás de un ventanillo circular, que no sería mayor que un plato de postre.

—¿Dice usted?—repitió la portera.

—La señorita Soubére.

—¿Soubére? No la conozco.

Y de pronto pareció recordar, y dijo:

—¡Ah! Será la pequeña que vive en el quinto piso... ¿Una rubia?

—Precisamente.

—Suba usted. Encontrará usted un pasillo. La puerta del fondo. Tiene el número... doce.

—Muchas gracias.

Caussedé subía los escalones con precaución.

En el primer piso, delante de la puerta de la comadrona, oyó un gemido sofocado seguido de un grito desgarrador.

—Bonita casa—pensó.

Y su imaginación le trasportó involuntariamente al poético y risueño alojamiento de Marignac, donde había visto á Benedetta por primera vez.

¡El paraíso y el infierno!

No tardó mucho en llegar al pasillo que la portera había indicado.

Era un largo corredor espléndidamente alumbrado por varios tragaluces.

Pero aquella luz hacía resaltar más la miseria de la casa.

El joven, tristemente impresionado, avanzó hasta el fondo del pasillo y distinguió, en efecto, el número 12 pintado de un color negruzco y medio borrado.

Allí era donde debía encontrarse la que antes era conocida con el dulce nombre de la Virgen de Marignac.

Benedetta sintió los pasos, y en seguida la puerta se abrió.

La joven no le había engañado, y, en efecto, la tenía delante de él.

Huberto experimentó una agradable impresión al entrar en aquella boardilla, que estaba muy lejos de ser bonita; pero que gracias al esmero y aseo de la joven, disimulaba algo su desnudez y su pobreza.

La pobre y pequeña habitación estaba pintada de amarillo y recibía la luz por una claraboya practicada en el techo.

Un catre de hierro, una silla y una pequeña mesa de madera blanca, componían todo el mobiliario.

Los pocos efectos que tenía la joven estaban todos en un pequeño vasar empotrado en la pared.

La chimenea brillaba por su ausencia. Caussedé contempló á su paisana.

Le pareció aun más pálida que cuando la había visto en la calle.

Algunos encajes estaban extendidos sobre la mesa.

Benedetta tuvo una sonrisa amarga, señalando á su visitante la única silla que había, mientras se retiraba hasta el lecho para apoyarse en él y no desfallecer.

—Ya que ha querido usted venir—dijo con voz débil,—vea usted.

El marqués la examinaba en silencio, con atención, con la garganta oprimida por secreta angustia, y se preguntaba si tendría razón en sus sospechas en el mo-

mento en que la distinguió abatida sobre el banco de la avenida de Villiers.

El joven habló por fin.

—¿Y hace mucho tiempo que vive usted aquí?

—Dos meses y medio.

—¿En qué época vino usted á París?

—A principios de noviembre.

—¿Y antes de habitar esta casa?...

—Una mujer que hizo el viaje conmigo me facilitó un empleo, un modesto empleo.

—¿Dónde?

—En un almacén de lencería... calle de Bac.

—¿Estuvo usted allí mucho tiempo?

—Hasta fin de febrero.

—¿Por qué se marchó de allí?

La joven se puso de color de púrpura.

—Porque no podía estar más tiempo.

Su voz se alteró profundamente y sus ojos quedaron medio cerrados.

Caussedé la vió llevarse la mano al pecho como para sofocar un dolor. Las facciones de la desgraciada se contrajeron en un espasmo de angustia, á pesar de sus esfuerzos.

—¡Ah!—dijo la joven—retírese usted, yo se lo suplico; ha querido usted verlo y ya lo vé. Esto es la miseria atroz, cruel, insoportable.

Benedetta se oprimió la frente con sus manos crispadas.

—¿Sufre usted?—la dijo el bearnés cariñosamente.

—Sí—contestó—sufro y usted no comprende que me atormenta confesarlo.

Y de pronto, en una explosión de dolor y de lágrimas, su secreto se la escapó.

—¡Tengo hambre!

—¡Desgraciada niña!

El marqués se abalanzó sobre ella.

La joven no trató de rechazarle. La puso en la cabeza el sombrero que había dejado sobre la cama al entrar en su casa, descolgó el chal colgado en un clavo, y echándosele por los hombros la dijo:

—Venga usted conmigo.

La joven ni siquiera trató de resistir y le siguió.

En la escalera él la sostuvo con delicadezas de padre y amante.

Cuando pasaron por el ventanillo de la portera apareció de nuevo la cara de furia que el marqués había visto al subir; pero esta vez estaba animada por una sonrisa maliciosa.

Caussedé adivinó el pensamiento de la portera mejor que si lo hubiera expresado con palabras.

La portera parecía decir:

—¡Por fin!... Ya sabía yo que esto sucedería un día ú otro; la pequeña ha encontrado su paño.

Ya en la calle, el marqués detuvo al primer coche que pasó.

—Suba usted—dijo á Benedetta, que obedeció maquinalmente.

Y dirigiéndose al cochero:

—Al Dorado.

El carruaje llegó en muy pocos minutos.

El restaurat estaba desierto.

Caussedé hizo entrar á su protegida y dirigiéndose á un mozo que se apresuró á ofrecerse, dijo:

—En seguida, un consomé, un pedazo de pollo asado y cualquier otra cosa.

Y añadió en voz baja.

—Es una paisana que me he encontrado, joven muy honrada, que se muere de hambre... Deprisa, Pedro.

—Bien, señor marqués.

En seguida hizo sentar á Benedetta en un rincón, rodeándola de atenciones y pequeños cuidados que ninguna alma generosa hubiese podido negar á aquella desgraciada.

El bearnés sabía lo bastante para comprender la inmensidad de la desgracia de aquella infeliz y se felicitaba de aquella casualidad que le ponía al corriente de la infamia del viejo barón.

—Vamos, tranquilícese usted—la dijo.

—La he prometido que sería un amigo. Lo seré y bien sincero, yo lo juro. Usted lo necesita, verdad?

La joven dió las gracias con una triste y dulce sonrisa, que llegó hasta el fondo del alma del marqués.

—Iba á morir—le dijo;—al llegar usted me ha salvado la vida.

—¿Morir?

La joven inclinó la cabeza.

—¿Y qué quería usted que yo hiciera?

El mozo trajo el consomé pedido.

—Animo amiga mia—dijo el marqués, —ahora se trata de recobrar las fuerzas, y enseguida yo la prestaré valor.

La joven comió con avidez, con el ardor de un moribundo que trata de sujetar la vida que se le escapa.

—Hace tres días que no tomaba nada. Cuando usted me encontró esta mañana creí que iba á caer desfallecida sobre la acera para no levantarme más.

—¡Y yo, que todavía dudaba! Confieso que soy bastante torpe.

En un momento de calma, ella le preguntó:

—¿Y usted, por qué se interesa por mí?

Y fijaba con insistencia en él sus bellos ojos negros esperando la respuesta.

—¿Por qué?—repitió él tratando de buscar palabras que no pudieran ofenderla.—Pregunte usted á un paseante que vaga por los campos, por qué se interesa por las flores que encuentra en su camino. En Marignac, pobre amiga, era usted una flor que nadie podía ver sin interesarse.

—¡Ay!

—Cómo su hermana Marieta.

—¿Se acuerda usted de su nombre?

—Tengo muy buena memoria Benedetta, y algún día tendrá las pruebas de ello.

—¿Qué pruebas?—murmuró ella asombrada.

—Ya lo verá usted; algún día la recordaré estas palabras.

—¡Algún día! ¡Quien sabe si nos volveremos á ver!

—Yo al menos así lo espero. Además en estos momentos que tan necesitada está usted de un apoyo, yo no la he de abandonar.

La joven terminaba su corto refrigerio.

—¿Y qué tal? ¿se encuentra usted mejor?—la dijo Huberto con su buen humor comunicativo.

—¡Ah! sí, gracias á usted.

—Gracias á Dios que me ha puesto en su camino. ¡Si usted supiera que feliz me considero ahora! Pero... ya me puede usted contar su historia.

—Es bien triste.

—Dígame usted como desde aquel paraiso de Marignac, desde aquella encantadora aldea de nuestros Pirineos ha venido hasta esa horrible bohardilla donde la he encontrado.

—¿Por qué renovar mis angustias? Tan solo al acordarme se me oprime el corazón...

—¿Quiere usted que yo la ayude?

—¿Usted?

—¿Quiere usted que yo mismo trate de contar esa historia tan triste?

—¿Podría usted hacerlo?

—Quizá.

—¿Y cómo lo puede usted saber?

—Ya lo verá usted. Si me equivoco alguna vez, avíseme.

—Perfectamente.

—Usted vivía contenta y tranquila en

su pequeña casa de Astos. Un amigo, casi un pariente, Juan Dantenac, un buen muchacho en toda la extensión de la palabra, debía casarse con usted.

—Es cierto—murmuró la joven cerrando los ojos—á estas horas ya debíamos estar casados. Era lo convenido.

—Luchón es en verano un hormiguero de gentes ricas, que van frecuentemente á Marignac de paseo. El más rico de todos los forasteros se fijó en usted, como todos. Es uno de esos hombres que se creen que todo les está permitido, gracias á su inmensa riqueza. No es joven, pero eso no le impide tener violentas pasiones. Iba frecuentemente á Marignac é hizo á usted proposiciones que usted rechazó....

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Acaso no pudo verlo todo el mundo? Espere usted... Herido por una resistencia que juzgaba imposible, juró vengarse y un día se vió usted sorprendida, sujeta y encerrada en un carruaje que la llevó á Luchón.

—¿A Luchón?—preguntó la joven.—¿Está usted seguro?

—¿Acaso usted lo ignora?

—Nunca he sabido adónde me llevaron. Caussedé no comprendía.

La joven se hizo cargo de las dudas del marqués, y le dijo:

—Me pusieron un pañuelo en los ojos. En la oscuridad, bajo los álamos de Gaud, donde fui detenida, no podía distinguir á

nadie. Después, dentro del carruaje, me vi privada del conocimiento, no puedo dar cuenta de nada de lo que pasó.

—¿Dormida!—dijo Caussedé, hablando consigo mismo. —¿Es posible?— Ahora, todo se explica.

Y añadió, dirigiéndose á Benedetta:

—¿No guarda usted ningún recuerdo de la escena?

—¿Por qué tiene usted tanto interés en saberlo?—dijo la joven con desconfianza.

—No tema usted nada; sabré guardar bien el secreto.

La joven vaciló todavía un momento.

El salón en que se encontraban estaba vacío. A una señal del marqués, los mozos se habían retirado.

—No es que tema decírselo á usted; es que el corazón se me resiste á ciertos recuerdos.

—Dígame todo lo que sepa.

—Es poca cosa. Estaba dormida, como ya he dicho. ¿Cuánto tiempo duró mi sueño? No lo sé. Únicamente por un segundo recobré mi razón.

—¿Y entonces?

—Entonces, confusamente, distinguí á la luz escasa de una lámpara, una habitación soberbia, llena de dorados, de sederías... Esta visión no duró más que un instante. Yo estaba tendida en un lecho, y cerca de mí, un hombre de fisonomía horrible murmuraba algunas amenazas. Todo desapareció en seguida y volví á

caer en el sueño, ó mejor dicho, en el letargo de que apenas había salido.

—Y ese hombre, ¿usted no le reconocería?

—No.

—¿Le había usted visto alguna vez?

—No me atrevería á afirmarlo.

—¿Y después?

—Una vez he creído reconocerle.

—¿En San Felipe de Roule?

—Sí. ¿Quién se lo ha dicho?

—¿Qué importa? Siga usted.

—Después no me doy cuenta cierta de lo que pasó. Una caminata rápida en carruaje; una voz que me mandó callar bajo las más violentas amenazas contra mí y los míos... y me encontré otra vez bajo los árboles de Gaud, donde había sido sorprendida.

—¿Y luego?

—Luego, cuando no pude soportar la vergüenza y la infamia que me amenazaban, vine á París, donde por la escasez de mis recursos he pasado angustias horribles, y he tenido que gastar lo poco que había economizado á costa de mi trabajo para no morir de hambre... y para pagar la comadrona que me ha asistido.

El rostro de Benedetta expresaba una vergüenza mortal.

Causedé guardó silencio; hacía tiempo que esperaba oír lo que la joven acababa de decirle. La catástrofe era completa.

—¿Y el niño? —preguntó al cabo de un instante,

—Mi hijo, porque ha sido un varón, el hijo del crimen, hubiera querido criarlo, tenerlo conmigo, pero estaba en tal estado de debilidad, que me ha sido imposible. Además, con él, ¿qué hubiera podido hacer? No me quedaba más recurso que darlo á criar, y así lo he hecho entregándoselo á una nodriza que se ha encargado de él por treinta francos al mes.

—Le bauticé con el nombre de Juan Soubére, ¿qué oprobio! Traté de que me admitieran en el almacén donde antes había estado, pero no me recibieron, sin duda á causa de mi debilidad.

El marqués habló á Benedetta de los encajes que se veían sobre la mesa.

—Ese trabajo me lo ha proporcionado una vecina compadecida de mi situación.

—¿Y qué gana usted?

—Unos dos francos al día... cuando trabajo. Hacía ya seis días que no tenía labor.

—Pues bien—dijo Causedé—usted me permitirá que la preste alguna ayuda.

—¿Puedo aceptarla?

—¿Por qué no?

Y el joven explicó sus proyectos con exquisita delicadeza.

—Tiene usted mejor porvenir del que se figura—la dijo.—Muy fácilmente encontrará una buena colocación y podrá pagarme el pequeño desembolso que hago ahora en obsequio á usted. Es un préstamo, un simple préstamo lo que la ofrezco.

La joven se levantó.